

M. Godet se entregó á toda suerte de conjeturas sobre la desconocida que se acercaba á paso lento, como si viniese á pesar suyo.

Bajo la influencia de las revelaciones que acababa de hacerle la duquesa, le asaltó de pronto una idea:

—Ella es.

Ella significaba para él la joven abandonada, causa principal de los remordimientos de Blanca; la hija de Juan de Maillepré y de la desdichada á quien sedujo; la María Magdalena, tan cruelmente tratada; la institutriz de los hijos del conde Breskou, la enfermera de las ambulancias francesas, la que la señora de Maillepré desesperaba de encontrar.

El viejo entró en el vestíbulo, tomó un anteojo y lo dirigió hacia la extranjera, pudiendo observar que era una joven como de veinte años, de una gracia y distinción perfectas, y en cuyo semblante se retrataba la angustia. A la vez creyó observar que las lágrimas salían en abundancia de sus enrojecidos ojos.

¿Quién sería esta desconocida?

El tenía ya su idea; pero sus presentimientos le podían engañar. Era necesario adquirir la certidumbre.

III

Engaño

M. Godet se puso un viejo sombrero de paja, cogió una gran sombrilla japonesa, bajó la gradería del pórtico, y ejecutando,

como hábil estratégico, un movimiento envolvente, llegó, atravesando el bosque, al sitio en donde la desconocida, sentada, parecía entregarse á hondas meditaciones. Al mirarla de cerca, el viejo la encontró adorable. Nosotros la conocemos: era Margarita Souvray, pero abatida y melancólica como nunca. Todo en ella acusaba el desfallecimiento y la desesperación.

Cuanto más la miraba M. Godet, más se confirmaba en su primera idea. Para él no había duda: aquella joven era María Magdalena, tal como él la había imaginado; hasta llegó á encontrar muchas semejanzas entre la fisonomía de la joven y la del duque Juan de Maillepré.

Dirigiose resueltamente hacia la joven, que al ser advertida de la presencia de alguien por el ruido de las hojas que aplastaba con su pie el anciano, siguió andando hacia el palacio, pero se detuvo confusa en presencia de aquel desconocido.

M. Godet le dijo con voz afectuosa:

—¿A dónde vais, hija mía? ¿Os causo miedo acaso?

—No por cierto, señor.

—Entonces volved á sentaros y hablemos.

—Escuchadme—le dijo,—y tened desde luego confianza en mí, confianza absoluta.

¿Sabéis en dónde estáis?

—En casa de la duquesa de Maillepré.

—Sois esperada en ella.

—¿Yo?

—Sí, con impaciencia y desde hace tiem-

po. Hay aquí gran deseo de veros, de proporcionaros una vida agradable. Habéis sufrido mucho, hija mía.

—¡Es verdad!

—Pero el mal tiempo ha pasado. Aquí encontraréis una verdadera familia. ¿No conocéis á la duquesa?

La joven indicó que nó con un movimiento de cabeza.

—¿Os ha escrito?—volvió á preguntar el anciano.

—Tengo su carta—dijo ella.

Tal vez iba á añadir algo; pero M. Godet la detuvo.

—Esperad, hija mía: adivino lo que vais á decirme; pero conozco vuestra historia mejor que vos misma y tengo por vos gran interés, por razones que ignoráis, y que probablemente sabréis más tarde. Levantémonos. La duquesa se pasea por el parque y puede presentarse de improviso, lo cual me contrariaría, porque quiero serviros de guía en este terreno desconocido para vos.

—En efecto.

—No temáis nada. Me llamo M. Godet; tengo setenta y cinco años y soy amigo de todo cuanto se relaciona con Maillepré, una especie de parásito, pero no gravoso. Por lo mismo, me hallaréis siempre dispuesto á serviros del mejor grado. Tengo para ello mis razones, como os he dicho. ¿Queda convenido?

—Sí, señor.

—Perfectamente; ahora hablemos de los demás. El carácter de la duquesa es muy

complejo... Imponente de lejos, dura á veces para los que atacan su amor propio, es en el fondo de una bondad á toda prueba. Su amistad es segura; su indulgencia extrema: lo demás lo apreciaréis con el tiempo. Lo importante es ganarse su voluntad. Ella y yo somos las principales autoridades aquí. A mí me habéis conquistado para vuestra causa. Ahora hablemos de las influencias subalternas. Por de contado, no hay más que dos. Susana Carol, doncella de la duquesa, dotada con todas las cualidades de su empleo, y muy amiga de su señora, es modelo de honradez.

M. Godet miró fijamente á su protegida y añadió:

—Sin embargo, ha cometido una falta para el mundo. Comprendedme bien, y más tarde pensad en lo que os digo. De esta falta ha resultado una hija, que es de la que me falta que hablar. Prestadme toda vuestra atención.

—Sí, señor.

—Esta joven está aquí. Es próximamente de vuestra edad, y seguramente viviréis con ella, que tiene veinte años, salud delicada, espíritu inquieto y nervios excitables. Se llama Blanca, nombre de la duquesa, que es su madrina, y Carol, apellido de la doncella, que es su madre ante el mundo. Es la primera vez que os veo, y, sin embargo, hago traición á un secreto importante, para evitar cualquier desavenencia, que tendría para vos los más graves resultados. Esta joven no es la hija de Susana Carol... tiene más

alto origen... Suponedla hija de una señora del gran mundo, íntima de la duquesa... muerta hace tiempo, y que la recomendó á su amiga... Evitad todo rozamiento; sed para ella una hermana, una consejera. ¿Lo queréis?

—Sí, señor.

—Los otros habitantes del palacio no valen la pena de mencionarlos... Justina Savart, la segunda doncella, una morenita ligera de cascos, con el diablo en el cuerpo; los cocheros, los jardineros, los porteros, los cocineros... poco á poco los iréis conociendo. Se parecen á todos los bípedos de la creación; ni más ni menos... ¡Ah! olvidaba uno, sobre el que debo deciros dos palabras: Pedro de Meillant, el conde Pedro de Meillant, un original que tiene vocación de monje; veintinueve años, sobrino de la duquesa, que le adora en el fondo y riñe sin cesar con él á causa de sus estrambóticas ideas. Sueña con la felicidad del hombre; detesta el mundo, es médico, casi abogado, y quiere hacerse cura: todo esto con ciento cincuenta mil francos de renta por lo menos; un palacio á dos leguas de aquí, Meillant, y sin parientes. Su madre, una santa mujer, murió hace cuatro años, y desde entonces él viaja: se le espera de un día á otro. Se espera también á unos primos, los Lignerés...

Margarita se sobresaltó.

—¿Cómo decís?

—Los Lignerés, madre é hijo. Este fué herido sirviendo en el ejército del Este, y en el invierno pasado acabó su convalecen-

cia en Metz, donde estaba prisionero: deben llegar de un momento á otro.

Mr. Godet se levantó con gran ligereza, á pesar de sus setenta y cinco años.

—A fe mía—dijo—me siento rejuvenecido. Espero que ahora, gracias á vos, tendremos alguna alegría en la casa. ¡Vamos, valor, hija mía! ¡Olvidad el pasado y mirad al porvenir, que será hermoso, creedlo!

—¡Dios lo quiera!—murmuró temblando.

—¿Y vuestro equipaje?

—En Bourges.

—¿Por qué le habéis dejado allí?

—Ignoraba como se me recibiría en esta casa...

—¡Ah! ¿No tenéis fe?

—¡He sido tan desgraciada!—dijo sin poder contener las lágrimas.

Mr. Godet, enternecido, le cogió las manos y las estrechó con fuerza.

—Comprendo vuestros temores—le dijo; —pero dejadme guiaros: fiad en mí, y no tendréis que arrepentiros.

Comenzaron á andar, y al dar la vuelta á uno de los paseos trasversales, se encontraron delante de una mujer que paseaba en sentido opuesto.

Era la duquesa de Maillepré, que no había podido encontrar á su hija en el laberinto del parque.

—Blanca—dijo el anciano en tono solemne,—he aquí la joven que esperabais.

—¿María Magdalena? ¿Sois vos María Magdalena?

Su acento era casi duro.

En presencia de la desconocida, la señora de Maillepré se sorprendió, y sus resentimientos se reavivaron; pero su bondad natural los ahogó por última vez.

Margarita Souvray vaciló un segundo, porque aquel grito la aterró: tuvo miedo de ser rechazada de aquel asilo.

Pero la duquesa extendió los brazos hacia ella, y la desgraciada se arrojó sobre ellos. La señora de Maillepré sintió su mano humedecida por una ardiente lágrima.

IV

Desaliento.

Margarita Souvray acababa de mentir, porque mentir es engañar, y lo mismo se puede engañar hablando que con el silencio. Ella, tan leal y tan recta, acababa de caer en la superchería, haciéndose pasar por otra, ocupando el lugar de una muerta en una familia que le abría los brazos sin desconfianza. Ella, que era el honor mismo, acababa de cometer una falta grave, casi un crimen.

Pero es necesario decirlo todo: si alguna vez puede excusarse la mentira, es en casos como aquel en que la explicación estaba al lado de la falta.

La infortunada acudía á Maillepré como su último refugio: si éste se le cerraba, no había salvación para ella.

Por espacio de dos meses soportó las más terribles humillaciones que pueden llevar la desesperación al alma de una mujer. Des-

pues de su convalecencia, encontróse de nuevo en la situación de que intentó huir afrontando la muerte en los hospitales y en los campos de batalla.

No le quedaba más que un recurso: el de acudir á la benevolencia de la duquesa de Maillepré con la carta que su compañera de la ambulancia, muerta en Chappelle-aux-Ifs, le había dejado como un talisman.

Pero su natural orgullo, el temor de ser rechazada, la hicieron desistir de utilizar este recurso, puesto que de la duquesa solo podía esperar una limosna, que no hubiera aceptado de ningun modo, ó un empleo que la reduciría al rango de criada.

—¡Ah!—decía—¡si yo fuese María Magdalena!

Quando salió de Bensanzón, poseedora de algunos centenares de francos, restos del billete de mil francos, que su verdugo el asesino de su padre, el ladrón de su fortuna, le había arrojado al salir de San Lázaro como el socorro que se dá á los presos al ponerlos en libertad; conservando las cartas y los recuerdos de su compañera, resolvióse á hacer una última tentativa, creyendo que su enemigo habría sucumbido con el régimen que lo sostenía; que la sangre y los incendios habrían purificado el pasado y que no correría ningún peligro volviendo á su casa de París para procurarse un medio de vida sin deber nada á nadie.

La casualidad, que tan importante papel desempeña en la vida, vino en ayuda de su propósito, poniéndola en relación durante el

merosa de encontrar en ella aquellos hombres que habían ido á buscarla.

Al llegar á la puerta, Margarita tembló al reconocer en un hombre que se paseaba por la acera, á Pablo Bordier, que corriendo alencuentro de la joven, le dijo sonriendo:

—¡Dichoso hallazgo! Ya estamos otra vez en París. Perfectamente; pero hay que llenar ciertas formalidades y aquí estamos nosotros para que no se olvide.

Diciendo esto sacó del bolsillo una orden concebida así:

«La nombrada Margarita Souvray se presentará hoy, á las tres en punto, en el despacho núm. 16. De no hacerlo, se la obligará por la fuerza.»

Presa de un temblor nervioso, preguntó la joven con alterada voz:

—¿Para qué se me llama?

—Yo no sé lo que quieren allí de vos. No seáis inocente. No puedo vender los secretos de la policía, mas á una joven tan graciosa como vos, siempre es lícito decirle que cuenta con el favor de un jefe... He cumplido mi misión—agregó haciendo una pirueta.—No dejéis de acudir... y no temáis nada... no os comerán... Hasta la vista.

Y le volvió la espalda.

Margarita, pensativa, roja de vergüenza, entró en su casa y se desplomó sobre una silla.

Una verdadera fatalidad se ensañaba con ella.

Inmaculada, irreprochable, pura como el

lirio, símbolo de la virginidad, había sido arrojada al fango, confundida con lo más vil, tratada como las más despreciables criaturas, ¿debía en vista de todo, desesperar de la justicia de Dios lo mismo que de la de los hombres?

Pasaba el tiempo: había recibido una orden y era preciso obedecer. Revistióse de valor y á los tres minutos entraba en una sala donde esperaban una docena de pretendientes.

Al verla un portero se le acercó, preguntándole en voz baja:

—¿La señorita Souvray?

—Sí, señor.

Entonces el portero le indicó un sitio próximo á la puerta del despacho inmediato, y le dijo:

—Esperad allí. El señor secretario general está ocupado, pero en cuanto despache os recibirá.

Margarita balbuceó:

—¿El secretario general?

—Sin duda. Quiere veros.

—Yo no le conozco.

El portero sonrió.

—Es extraño, porque él parece que os conoce bien.

—¿Cómo se llama?

—Mr. de Serigné.

V

Viento en popa

Era él. Mr. Roland Beroult de Serigné no había zozobrado con el régimen al que lo debía todo.

Su prefecto, el conde de Magny, se había retirado dignamente en el primer instante, muriendo poco después, de un ataque de apoplejía.

Roland Beroult se había asido enérgicamente y sobrenadó triunfante sobre las ruinas del destruido edificio, arrojando al agua todo el lastre de sus amistades antiguas.

Gracias al conocimiento del complicado mecanismo que tenía á su cargo, temible además por los secretos que poseía, los vencedores le conservaron y le halagaron; de modo que Margarita Souvray le volvía á ver más poderoso que nunca y más rico, por haber aprovechado los desastres del país para hacer buenas jugadas de Bolsa.

El asesino del Fresne, el ladrón de la fortuna de Souvray, marchaba viento en popa. Tenía á su servicio al antiguo ayuda de cámara del conde de Magny, Bruno, que al morir su amo, ofreció sus servicios á Roland Beroult de Serigné, y se dispuso á seguirle paso á paso en su carrera, á semejanza del inglés que seguía por todas partes al domador esperando verle algún día devorado por sus leones, como sucedió. Mr. de Serigné aceptó en seguida, lisongeado

do por la preferencia de que fué objeto y satisfecho por tener á su servicio un mozo tan listo, en lo que hizo mal, porque Bruno desempeñaba el papel de la serpiente acogida en el seno que quería morder.

En el instante en que Margarita entraba en la prefectura, Mr. de Serigné conversaba en su despacho con un hombre alto y seco, calvo y de bastante edad.

—¿No tenéis nada que decirme, Michelot?—preguntó el secretario.

—No, señor.

—Bien, os podéis retirar. Tengo que hacer.

Michelot no se movió. Su rostro revelaba gran inquietud; el del secretario general, por el contrario, aparecía radiante.

—Vamos—dijo con el tono bondadoso que puede emplearse con una persona de quien se necesita,—¿os váis á eternizar ahí? ¿Qué esperáis?

—A fé mía,—dijo Michelot—creo que de vez en cuando bien podéis anticiparme alguna cantidad á cuenta de los cincuenta mil francos convenidos. No os molestaría si no tuviese enferma á mi mujer, porque yo tengo pocas necesidades. Sed justo. El negocio está muy adelantado y vos sois el que se aprovechará... Cinco millones por lo menos... y además la señorita...

—Preferiría la fortuna sin ella,—dijo cínicamente el secretario general.

—Eso es imposible.

Mr. de Serigné sacó cinco billetes de cien francos y los enseñó á Michelot, pero antes de entregárselos, le dijo:

—Entendámonos bien. No necesitáis exagerar el servicio que me prestáis y que os recompensaré con largueza, según lo convenido. La casualidad me ha enterado de un secreto, que es el siguiente: En una pensión de Neuilly, cuya directora es muy amiga mía, se educaba una joven llamada Blanca Carol, hija de Susana Carol, doncella de la duquesa de Maillepré. Vuestro principal, el notario M. Champier, iba de vez en cuando á saber noticias de ella. Nos chocó mucho que la hija de una criada se educase con tanto esmero, y que M. Champier se interesara tanto por esta joven, á la que he visto algunas veces en el colegio, llegando á conquistar su amistad. Ahora bien; yo sabía, como lo sabía todo París, que por la época del nacimiento de Blanca, el duque de Maillepré murió en el extranjero, en circunstancias muy especiales; que, por otro lado, el marqués Huberto de Montevrón cortejaba asiduamente á la duquesa. Algunos papeles llegados á mi poder, casualmente, no me han dejado duda acerca de este particular. En una correspondencia reservada entre el marqués de Montevron y su notario M. Champier, vuestro principal, sustraída hábilmente de la casa de campo del notario, el marqués de Montevron expresaba su propósito de legar á esta joven toda su fortuna, que le sería entregada al casarse ó al ser mayor de edad. Esta fortuna la administra M. Champier. Vos me habéis facilitado las pruebas de esta donación y las cuentas de la fortuna de Montevron.,.,

—Que es muy grande.

—Exacto.

—Además, casi puede asegurarse que Blanca Carol es hija de la duquesa. El negocio será soberbio para quien se case con ella, y ese seráis vos.

—No está aún firmado el contrato.

Michelot dirigió á los billetes una mirada ansiosa.

—Lo estará—afirmó.

—M. Roland de Serigné sacó de su bolsillo una carta, y agitándola con cierta vanidad, dijo:

—Ya comprenderéis, querido, que si he trabajado tanto por aclarar esta oscura intriga, no ha sido para ceder á otro lo que podía tomar fácilmente. Puedo, pues, aseguraros los cincuenta mil francos que os ofrecí por olvidar vuestros deberes profesionales.

El rostro del curial se enrojeció.

—Los tendréis—prosiguió su corruptor.

—Esta carta es de la joven, con la que estoy en las mejores relaciones, y de aquí á poco... ¿Comprendéis?... Una pobre muchacha, descontenta de su suerte, humillada muchas veces por sus compañeras, creyéndose pobre, está á merced del primer farsante, dispuesto á representar con ella el sainete del amor y del desinterés. Yo me encuentro en las condiciones deseadas: rico, en elevada posición... puse sitio á esta plaza, que sólo deseaba rendirse. La asedié con apasionadas cartas, contando con la complicidad de la directora, que me entregaba á su discípula

atada de piés y manos; la consolé en sus amarguras, le hablé con apasionamiento, y ella creyó que la amaba por su persona, y que al casarme con ella me sacrificaba por su felicidad, ofreciéndole las perspectivas de un porvenir inesperado. En ese estado se halla el asunto: creo que es hacer bastante en dos meses. Hace pocos días que Blanca ha vuelto al Berry, y ya me ha trasmitido el correo las manifestaciones de su pesar por nuestra separación y sus juramentos de eterno amor. Aquí están consignados extensamente...

M. de Serigné agitó triunfalmente la carta, añadiendo:

—Y firmadas por Blanca Carol. Blanca, mi querido Michelot, es el nombre de la duquesa de Maillepré. ¿Comprendéis?

—Sí, comprendo, comprendo.

—¡Tendréis, pues, vuestros cincuenta mil francos, desconfiado! Los tendréis, á menos de que no ocurra un cataclismo, que me perjudicaría á mí más que á vos.

—¿Y estos?—preguntó timidamente, señalando los cinco billetes.

—Tomadlos y divertios mientras duren. ¿Estáis contento?

—Sí, señor.

—¿Y tranquilo?

—Sí, señor.

—Marchaos, pues.

Michelot se dirigió á la puerta apretando sobre su pecho los billetes con la ternura de los coleccionadores de objetos raros, y al llegar al dintel se volvió para dirigir un

saludo á Mr. Serigné, que le detuvo con un gesto para decirle:

—Si sabéis algo nuevo, no dejéis de avisarme; confío en vos. Y si tenéis algún apuro, no vaciléis en acudir á mí, amigo mío. Michelot salió encantado.

Apenas franqueó la puerta, cambió el semblante del secretario general.

El asunto que iba á tratar entonces era menos fácil.

Levantóse y dió algunos paseos por el despacho para preparar su exordio: después oprimió el botón de un timbre eléctrico.

Inmediatamente se presentó el portero que tan cortesmente recibiera á Margarita Souvray.

—¿Está ahí?—preguntó el secretario.

—Sí, señor.

—¿Quién hay además?

—Ocho ó diez personas.

—Citadlas para mañana. Hoy no recibo más que á ella.

El portero se inclinó.

—Hacedla entrar.

Margarita estaba prevenida. Sabía que iba á ver al hombre que causaba sus desgracias, y procuró conservar su sangre fría, dominando los sentimientos que agitaban su alma.

Pero los nervios de la mujer vibran á la primera emoción como las hojas del árbol al menor soplo.

Al ver á Roland Beroult, se detuvo temblando como si entrase en una jaula de fieras.